

# EL ECO LITERARIO.

## SEGUNDA SERIE.

En Valencia 4 rs. al mes.

NÚM. 8.— DOMINGO 24 DE JUNIO DE 1849.

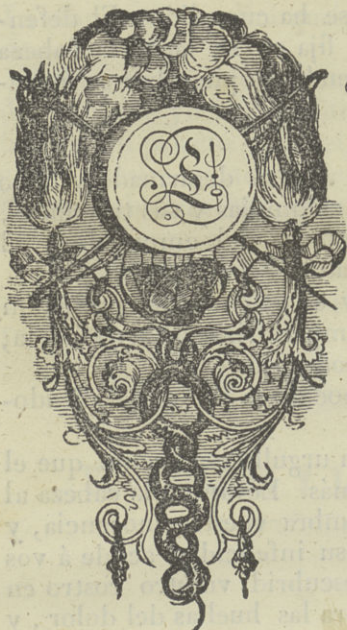
En Provincias 5 rs. al mes.

### LOS BLASONES DE UN VALIENTE.

Año 1116.

VI.

El Duelo Judicial.



Los días del hombre están contados: ¡cuán infeliz sería si él supiese su número! En las horas postreras, cuando la vida lucha con la muerte, cuando el nacido está cierto de que va á perecer, sufre tanto que á estos momentos terribles se ha dado el nombre de agonía. Providencialmente dura pocas horas.

La agonía del condenado á muerte se dilata por tres días:

la agonía de Metildis continuó por espacio de un año.

¡Un año de agonía! Apenas se concebirán tales desgracias. Tantas se desplomaron sobre ella, que juzgárase fueron las últimas de este mundo, creyendo agotado ya todo su número.

Aunque la inocencia prestara á la emperatriz un destello de esperanza, esta esperanza era débil como la del náufrago que zozobra sin auxilio alguno en la inmensidad de los mares. Mientras duró tan dolorosa lucha, si algún descanso concedía á sus miembros fatigados soñaba en la declaración de su inocencia, y al despertar lloraba pensando que fue una mentira; ó soñaba tal vez estar ardiendo en el cadalso; y al despertar sufría nuevamente, comparando los acerbos sufrimientos de su ilusión con los dolores intensísimos de la realidad. Así transcurrió aquel año de infelicidades. Así contó Metildis sus prolongadas horas de agonía.

Finalmente llegó el día terrible en que la emperatriz debía ser absuelta, ó condenada. El sol se elevó radiante en un cielo puro como el corazón de Metildis. Ningun ligero vapor manchaba el diáfano firmamento, y la naturaleza entera parecía sonreír. Doloroso contraste un día tan bello con la tristeza del pueblo alemán.

En un campo dilatado se había construido un estenso palenque para la lid. Al espacioso circo, formado por una alta barrera, daban entrada cuatro puertas. Entre el espacio que mediaba de una á otra se levantaban igual número de tablados. El primero, destinado al emperador, estaba cubierto de terciopelo carmesí, sobre el cual descollaban bordados los blasones de Alemania.

El segundo contenía los asientos de los jueces, y aparecía vestido con un hermoso tapiz en cuyo centro estaba simbolizada la justicia. Negras bayetas enlutaban el tercero que la acusada debía ocupar. Formado el cuarto por los resinosos troncos de la pira, era el suplicio que aguardaba á Metildis si la victoria no coronaba á sus defensores. Una segunda valla abrazaba semejantes tablados, y después de ella se alzaban estensas graderías para que el pueblo tomara asiento en las mismas. Y en efecto, las estaba ocupando desde que el sol brilló en el horizonte, la aflicción rebotaba en los semblantes de tan fieles vasallos, y casi todos ellos vestían tristísimo luto. A pesar de encontrarse reunida tan crecida suma de hombres era absoluto su silencio, y ese inmenso círculo de cabezas humanas pudiera ser tomado por el fondo de un gran cuadro.

El universal silencio fue turbado con la entrada de los jueces del campo que, en número de seis, y empuñando sus bastones se colocaron en el lugar destinado. A sus espaldas formó una guardia numerosa, y los cuatro ángulos del tablado fueron ocupados por otros tantos reyes de armas.

El emperador se presentó algún tiempo después rodeado de sus caballeros y soldados.

La acusada, vestida con una túnica de lana negra, y cubierta por un velo negro también, apareció; y con ella las lágrimas en los ojos de los alemanes: aquel pueblo fiel temblaba por su señora.



Junto al lugar del suplicio se desplegó con todo su repugnante aspecto el envilecido cuadro de los verdugos empuñando las teas incendiarias.

La sentencia fue leída, y despues entraron los acusadores. Sujetaba Guillermo un ligero caballo árabe en cuya gualdrapa descollaban tres escudos con sus blasones, esto es, una víbora de oro con alas de gules en campo sinople. Vestia el caballero una armadura de finísimo acero con grandes arabescos dorados, y por cimera se enroscaba en su yelmo el alado reptil, sosteniendo con su boca un ligero penacho de plumas blancas.

El bastardo Pedro montaba un caballo igual al de su compañero, y sin ostentar blason alguno sostenia una armadura sólida y pesada, coronando la cimera de su casco una larga pluma negra.

Apenas hubieron los acusadores saludado al emperador, y jurado ante los jueces que se presentaban para sostener una acusacion justa, se lanzó á la arena uno solo de los defensores caballeros en un brioso corcel español. Su armadura estaba partida en barras de oro y de gules, sin que timbre alguno en ella se ostentara. Al llegar á los pies del emperador levantó la visera, diciendo:

— Señor, me presento para defender á vuestra esposa, convencido de su inocencia. Dos son los acusadores y aunque de lejanas tierras he venido con otro compañero, herido traidoramente, no puede luchar cual deseaba. Yo pelearé, pues, con ambos acusadores, ya á la vez, ya separadamente.

— Buen caballero, contesta el emperador, acepto con gusto vuestro brazo en defensa de la emperatriz. Pelead con los acusadores separadamente; y sabed, que si sucumbierais en la demanda, ya que deben ser dos los defensores, ya que ni en nuestra Alemania, ni en Italia, ni en Inglaterra existe un caballero como vos tan valiente, aun vive Henrico para defender á su esposa.

Diciendo esto arroja la púrpura, y aparece completamente armado de punta en blanco.

El pueblo arranca de sí un espontáneo grito de admiracion, y levantándose entusiasmado victorea al soberano.

El desconocido prestó el juramento de costumbre y cada uno de los lidiadores tomó una espada, una hacha y una lanza; armas completamente iguales en peso, temple y volumen.

Bajando á la arena los jueces del campo examinan el palenque, tientan el terreno, parten el sol y fijan las condiciones del combate. Segun ellas, y conforme á las costumbres de la caballería entales casos, el defensor debia esperar en medio del circo el ataque de su contrario. En la primera embestida debia usarse la lanza, y despues cualquiera de las armas indistintamente, declarando deshonorado y vencido el que saltase la valla.

Juradas estas leyes se retiraron los jueces, cada

una de las puertas fue ocupada, y se prepararon varios caballos para servicio de los combatientes.

Los jueces, el emperador y el pueblo se levantan, descubren su cabeza; los combatientes bajan hasta el suelo los hierros de sus lanzas, y el nombre del Señor es tres veces invocado para que dé la victoria á la justicia.

Colocado en el centro del palenque el defensor hay un momento de silencio, y el clarin abre la lid. Rápido como una idea cruza Guillermo la arena, y comienza el combate con encarnizamiento. Resuenan los golpes del hierro contra el hierro, y la lucha se prolonga con terrible ansiedad. Los que pelean son valientes, y se retarda el momento que debe decidir la suerte de Metildis, suerte de inmensa distancia: el trono ó el cadalso .....

*El juicio de Dios* se ha cumplido: El defensor de la emperatriz fija en su lanza la cabeza de Guillermo, y poniendo un pie sobre su mutilado cuerpo, esclama:

— He vencido.

El bastardo Pedro avanza desarmado y lleno de pavor, confiesa sus calumnias y sus traiciones, implorando la misericordia del emperador: el combate queda terminado.

Cuando Henrico y el defensor se presentan en el tablado de la emperatriz está arrodillada, rinde gracias al Todopoderoso.

El caballero desconocido la levanta, diciéndole al mismo tiempo:

— Alzad, señora, con orgullo esa frente que el crimen no manchó jamás. Levantad la cabeza al cielo cuyo puro sol alumbra vuestra inocencia, y á éste pueblo que en su infelicidad acude á vos como á una madre; descubrid vuestro rostro en que la desgracia entallara las huellas del dolor, y en el cual brilla la espresion divina de una resignada mártir.

Al pronunciar estas palabras el defensor de Metildis aparta el velo que la cubria, y sus largos cabellos descienden plateando sus espaldas.

El pueblo alemán arrojó un grito de alegría y de dolor, de sorpresa y de venganza. Un grito que manifestaba su gozo por la salvacion de la acusada, y su desesperacion porque la hermosura de la emperatriz habia sido, sí, habia sido un ángel, una bella emanacion del Criador; y ahora esta criatura aparece anonadada, prematuramente destruida, arrastrando todos los caracteres de una senectud para cuyo tiempo le faltaban muchos años aun.

En aquellos momentos se representa una escena muy horrorosa. Desbordado el pueblo en la embriaguez de su rabia, salta las vallas precipitándose á la arena. El bastardo es víctima de su furor. Los cuerpos de los acusadores son triturados.



dos, y sus miembros palpitantes esparcidos por el palenque. Arrebatadas las teas á los verdugos comunican su fuego á la pira, y la hoguera que debia consumir á la acusada, está devorando las masas sanguinosas de carne que formaban el cuerpo de los calumniadores.

El alma de la emperatriz rechazaba tantos horrores, y por esto apresuró su salida de aquel teatro fatal, llegando al palacio en medio de los vivas de la entusiasmada multitud.

Cuando el emperador, abrazando con efusion al valiente desconocido, le preguntó su nombre, éste contestó estrechando su mano:

— Mi nombre solo por Metildis es conocido. Yo parto de nuevo á mi lejana patria en donde es necesaria mi presencia. Yo llevaré un recuerdo eterno de vuestra nacion y de vuestra esposa cuya inocencia he declarado con la ayuda del Señor. La emperatriz os dirá quién soy tres dias despues de mi marcha.

— Respeto vuestro secreto, contesta el emperador, cuando yo sepa vuestro nombre lo mandaré fijar en mi palacio con letras de oro para eterna gloria vuestra y eterno baldon de una corte que ningun caballero ha presentado para defender á su señora.

Pocas horas despues el esforzado defensor se ausentaba de Alemania dejándola entregada á una verdadera alegría.

(Se concluirá.)

## EL CRIADOR Y LA CRIATURA.

....Et iudicatum est de singulis  
secundum opera ipsorum.  
Apoc. cap. 20., vers. 13.

Antes que el sol fulgente en el abismo  
Reflejara á la voz del *Increado*,  
Los tiempos eran tiempos sin guarismo,  
Sin futuro, presente, ni pasado.

Cuando la luz del sol quede estinguida,  
Y se acabe del mundo el ser impuro,  
Los tiempos serán tiempos sin medida,  
Sin pasado, presente, ni futuro.

Así la eternidad como á barrera,  
Al tiempo seguirá, y ha precedido,  
Siendo cuna de un mundo que, no fuera,  
Siendo tumba de un mundo que, habrá sido.

¡Y siempre eternidad! el hombre insano  
Quiere hollar los destinos que le rigen  
Y sus destinos basan en la mano  
De quien no tendrá fin, ni tuvo origen.

¿Qué hará este insecto vil que llaman hombre  
Ante un ser que es el solo y el eterno?  
Ante un Dios infinito, á cuyo nombre  
Se estremecen los cielos y el infierno?

Mortal: goza tu vida en los momentos  
Que el Señor te cediera, y cuando mande  
Elevar los mezquinos monumentos  
Que al mirarlos muy altos llamas grandes:

La soberbia depon que tu alma llena,  
Compáralos al sol y al mar profundo,  
Y verás que ellos son débil arena  
Perdida por los ámbitos del mundo.

Si fausto y monumentos no queriendo  
Anhelas una página en la historia,  
Oye á la muerte que te va diciendo  
«La gloria del mortal, es poca gloria.»

Ve el nombre del Señor, grande, infinito,  
Del que los orbes son fastos reales,  
Y dí al mirarlo por doquier escrito,  
«Solo un átomo fueron mis anales.»

Si en tus sueños tal vez has procurado  
Obtener de un monarca el poderio,  
Y en un trono magnifico elevado  
Esclamar: «cuanto piso todo es mio.»

No olvides que la suerte es inconstante,  
Que es del Eterno el mundo con sus bienes,  
Que el curso de la vida es un instante,  
Que es reino del Señor, si un reino tienes.

Hunde en el cieno, pues, la altiva frente  
Que de misero cieno está formada,  
Y en medio de tu orgullo ten presente  
Que emana tu existencia de la nada.

Piensa que con el tiempo vendrá un dia  
En que el Eterno el mundo reprobando  
Le tornará á la nada que tenía,  
Y á los hombres que han sido ira juzgando.

Y cuando pierda el sol sus resplandores,  
Y el seno de la mar bulla en tormenta,  
Y estremezcan la tierra mil temblores,  
Y finalice el tiempo en gran menta.

Sin piedad, sin piedad serás juzgado,  
Por los pasos que diste en el camino  
De este mundo, bendito ó reprobado  
Por toda la eternidad será tu sino.

¡La eternidad! que curso no teniendo  
Jamás hallará un fin que no está escrito,  
¡La eternidad! que nunca concluyendo  
Es sombra del Señor por lo infinito.

M. de Castells.

## ELFRIDA.

### LEYENDA INGLESA.

(Conclusion).

#### X.

#### VENGANZA DEL REY.

AL siguiente dia, como á las ocho de la mañana, Edgar, acompañado de Elfrida, de Ethelwood y de unos cuantos caballeros, salió del castillo de Corfe con direccion á los estensos bosques del Devonshire. Todos iban montados en fogosos caballos, y tambien Elfrida, cuyas lindas manos manejaban con maestría las riendas del suyo. Detrás iban los escuderos y ceoris, que conducian los arcos, las flechas, los perros y demás enseres usados entonces en la caza.



Llegados al sitio mas á propósito, todos se desparramaron en busca de los ciervos, y á poco rato los relinchos de los caballos, el ladrido de los perros y el sonido de las cornetas, armaron una confusa algaravía que alegraba los oídos de los cazadores.

Elfrida, que tenia una afición decidida por la caza, aguijoneó á su corcel, que lanzándose á galope, la hizo desaparecer entre los árboles del bosque.

Quedaron, pues, solos Edgar y Ethelwood, y cual si ambos se hallasen impulsados de un mismo pensamiento, fuéronse apartando poco á poco del lugar de la caza, hasta que llegaron á un sitio solitario desde el que no se oían los gritos de los cazadores, ni el sonido de las cornetas.

Algunos instantes de silencio reinaron entre el rey y Ethelwood; por fin, hizo parar Edgar á su caballo y dirigiéndose á su favorita, le dijo con voz alterada por la cólera:

—Parad vuestro caballo, mal servidor; porque tengo que ajustar con vos una cuenta terrible.

Ethelwood obedeció.

—¡Oh! continuó el rey, no sabeis bien los deseos que tenia de encontrarme cara á cara con vos en un lugar retirado donde nadie nos pueda ver, para deciros que sois un infame, un mal caballero y para escupiros en el rostro, como ahora lo hago.

Al verse de tal modo injuriado Ethelwood, la sangre juvenil que corría por sus venas hizo su efecto, echó mano al alfange sajón, y dirigiéndose al rey, dijo con voz trémula por la ira.

—¡Señor! me habeis insultado de un modo que no sufriria ni aun de mi mismo padre.

—¿Y bien? ¿no lo mereceis, mal servidor?... pero.... envainad vuestro alfange y hablaremos tranquilamente.

Ethelwood obedeció por un impulso maquinal, y el rey continuó:

—Escuchad, yo os mandé al castillo de Corfe para que vierais si la belleza de Elfrida la hacia digna de sentarse junto á mí en el trono de Wessex: ¿es cierto esto?

Ethelwood hizo una señal de asentimiento.

El rey prosiguió.

—¿Y cómo correspondistes vos á esta prueba de confianza? ¡Ira de Dios! vergüenza me da decirlo.... del modo mas villano. Digisteis que era una muger vulgar, indigna de mi amor, y no contento con esto solicitasteis mi permiso y á poco tiempo os casasteis con ella ¿Qué castigo se os figura que merece tan ruin villanía?

—Yo me confieso culpable, pero si sabeis lo que es amor, si alguna vez habeis amado como yo amé á Elfrida, me juzgareis digno de vuestra indulgencia.

—¡Miserable! ¿Y osas aun hablar de indul-

gencia? Muy necio eres; porque has ofendido al rey de Wessex, y los reyes sajones se vengán de sus malos servidores.... así.

Y echando pie á tierra, rápido como el rayo, lanzóse puñal en mano sobre Ethelwood, y lo hundió repetidas veces en su pecho.

Ethelwood cayó del caballo inerte ya y moribundo.

Reuniendo, empero, sus esfuerzos, pronunció aun algunas palabras.

—¡Ah! ya estais vengado.... rey de Wessex. Decid á Elfrida.... cuánto la amaba.... y la amo todavía.... decidla.... que mi último suspiro.... es.... para ella.

—¡Insensato! exclamó el rey, acuérdate de tu Elfrida, acuérdate de ella, pero.... no te ama.

Ethelwood exhaló un gemido y su rostro espresó el mas profundo dolor.

—No te ama, continuó Edgar, y en prueba de ello, escucha; tú la dijiste que se presentara ante mí lo menos ataviada que pudiera para ofuscar en parte su belleza, y ya visteis de qué modo lo ejecutó. La vieron mis ojos joven y hechicera, la amé desde el primer instante y.... será mia, ¿lo oyes Ethelwood?.... mia para siempre.

—¡Ah! callad.... basta ya....

—No, escucha.... quiero aumentar tu agonía, quiero que al descender al sepulcro te lleves la certeza de que Elfrida no te ama. Sí, te aborrece por tu infame falsía: sus mismos labios lo han dicho. ¿Lo oyes, Ethelwood?.... Te odia.... te odia y te desprecia.

Estas últimas palabras las pronunció Edgar junto á los mismos oídos de Ethelwood. Incorporóse éste al oír las y lanzó un triste gemido; reuniendo despues sus exhaustas fuerzas, «Elfrida, yo te amo,” dijo, y cayendo desvanecido exhaló su último suspiro.

Edgar, cruzando los brazos, contemplóle en silencio algunos instantes, é inclinándose para ver si estaba muerto.

—¡Ya estoy vengado! dijo.

Y montando en su caballo, se dirigió velozmente hácia el sitio que ocupaban los cazadores.

## XI.

### CONCLUSION.

Algun tiempo despues del acontecimiento que hemos mencionado en el anterior capítulo, el obispo de Winchester bendecía el matrimonio de Elfrida y Edgar. Mas tarde, el monarca reconoció el crimen que habia cometido asesinando á Ethelwood y se impuso una penitencia de siete años, se abstuvo de dormir en el suelo, y no ciñó su frente con la diadema en tanto que duró su castigo.

Este rey murió en 975 cuando apenas contaba 33 años.



Elfrida, que le sobrevivió, gozó en su compañía las mayores felicidades, viendo realizados sus sueños de ambición; mas fue cruelmente castigada en su amor de madre, pues no pudo conseguir que sucediera á Edgar en el trono de Wessex su hijo Ethelredo.

El testamento del rey llamaba á ocupar el trono á Eduardo, joven de 15 años, tenido en su primer matrimonio, y aunque Elfrida procuró privarle de él, Dunstan y otros magnates poderosos abrazaron la defensa del legítimo heredero, que fue aclamado sin oposicion en un consejo nacional celebrado en Winchester.

El carácter y las virtudes del nuevo monarca prometían un reinado feliz; pero Elfrida, que según dijimos en uno de los primeros capítulos de esta leyenda, no reconocía ningún obstáculo que pudiera impedir los impulsos de su ambición, hizo vanas las lisongeras esperanzas del pueblo inglés.

Una mañana cazaba el rey en los bosques de Devonshire, y entró á descansar en el castillo de Corfe, donde Elfrida se había retirado después de la muerte de su segundo marido. Salió Elfrida hasta la puerta del castillo para recibirle y le ofreció una copa de agua-miel, y mientras el rey bebía, uno de los satélites de Elfrida le dió una puñalada por la espalda; al sentirse herido el joven Eduardo, dió de espuelas al caballo, que lo introdujo otra vez en el bosque; pero murió en el camino y su cuerpo fue hecho pedazos por las ramas y arbustos.

Ethelredo sucedió á su hermano en el trono, cogiendo de este modo el fruto del crimen de su madre, la cual fue perdiendo la influencia que obtuvo durante la menor edad de su hijo en la administracion del reino.

Posteriormente, retiróse Elfrida á un monasterio, y allí entre el silencio del claustro y los rigores de la mas austera penitencia lloró su crimen y espió sus culpas con la sinceridad de su arrepentimiento.

Pedro Pruneda.

Á LA DISTINGUIDA ACTRIZ

DOÑA JOSEFA VALERO,

EN EL DIA DE SU ÚLTIMO BENEFICIO.

SONETO.

Sublime inspiracion brilla en tu mente  
Para exaltar tu ardiente fantasía,  
Para rendir afectos á porfía,  
Para ceñir coronas á tu frente.

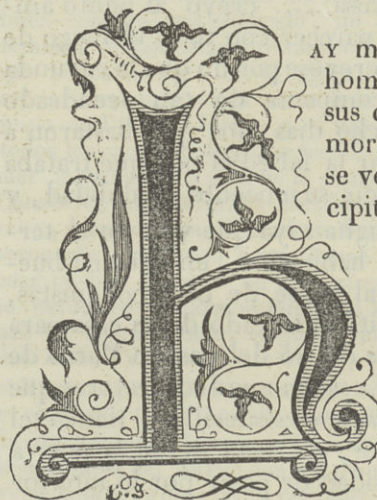
Se oye tu tierna voz... y el alma siente  
Ligada por estrecha simpatía

Cuanto á tu corazon en ancha vía  
Plazca sentir con emocion ferviente.

Gentil como la flor de primavera,  
Las gracias añadieron á tu encanto  
Esa espresion que todo lo supera  
De tu sonrisa mágica ó tu llanto;  
Feliz el génio te halagó en premiarte,  
Por prenda digna inestimable al arte.

F. de P. Grás.

## UN SEDUCTOR....



AY momentos en que el hombre mas relajado en sus costumbres, mas in-moral en sus principios, se ve detenido en su precipitada carrera y obli-

gado á reflexionar seria y concienzudamente en fuerza de los acontecimientos que se van sucediendo en la grande y escabrosa escala de la vida, aunque sin atrever-

se al pronto á pulsar la cuerda cuyo rudo acento ha de herir profundamente su insondable susceptibilidad. Así es que estos hombres, acostumbrados á recoger el laurel de cien conquistas amorosas, se creen invencibles, sin pensar que llega un día en que á su pesar se ensientran atados al carro de los infortunios que no cesa de rodar, dirigido por diestra mano, hasta precipitarles en un abismo del cual no pueden salir sino á fuerza del ridículo y del escándalo. El Sr. \*\*\*... elegante rigorista, imitador minucioso de todas las modas traspirenaicas, perfecto dandí de la época, adorador furibundo del dios Cupido, perseguidor eterno y sempiterno de todas las modistas, camareras, sastras, niñeras y alguna que otra notabilidad de cocina (á las que llama *manantial inagotable de hermosura y fragilidad*), estaba enamorado al parecer de una de las primeras; tipo privilegiado de ojos negros, talle flexible y vaporoso y de una travesura nada comun en su clase; aunque, á decir verdad, de esas cuya facilidad en sus creencias las conduce hasta el extremo de ver en cada hombre que les habla de amor un marido, y en un marido toda la bienaventuranza que el idealismo mas refinado puede llegar á concebir. Hecha en parte la etopeya de nuestros dos protagonistas no estranarás caro lector el ver al elegante *Lion* envuelto en su esclavina, á guisa de estudiante, paseando ar-



riba y abajo por la calle de Zaragoza, parándose de cuando en cuando en la sombrerería de F.... y esperando en fin que la nebulosa *Cloto* desplegue el negro manto de la noche para que pueda salir de una de las tiendas de modas su ideal y fantástica Eurínome. La constante experiencia en esta clase de conquistas ha inspirado al Sr. \*\*\*.... la absoluta necesidad de ocultar á sus víctimas su posicion social sustituyéndola por un oficio cualquiera, y su elegante nombre, puramente francés, por otro comun y usualizado; así, pues, para conquistar el frágil corazón de esta encantadora criatura no dudó un momento en tomar por algunos dias el nombre de Mariano y el oficio de impresor ó cajista. La candorosa..... creyó al puntó ambas cosas; le amó al parecer con todo el fuego de sus juveniles años, y creyóse por fin que la coyunda nupcial seria la recompensa de tan acendrado amor. Así pasaron ocho dias, los que bastaron á aquella para averiguar la falsedad con que trataba el Sr. \*\*\*.... de seducir su inocente credulidad, y convino con una amigita suya que vive en el tercer piso de la misma habitacion, en dar una buena leccion de moral al héroe de cien conquistas, para cuyo efecto le citó al terrado de su casa para las nueve de la noche del 15 del pasado Marzo de este año de gracia. Ya saben nuestros lectores que estas habitaciones, vulgo escalerillas, tienen el terrado, generalmente, via recta desde la puerta de la calle, sin necesidad de pasar por lo interior de ningun cuarto, por cuya razon el intrépido \*\*\*.... á la hora de la cita se encaminó directamente, y sin andarse en averiguaciones, al lugar convenido. Una hora habia pasado y su adorada no parecia; asomóse á la escalera y vió el resplandor de una luz y oyó el suave ruido causado por las pisadas de una muger; su corazón, palpitante de alegría, parecia querer salir del pecho al aproximarse la que aquel mágico efecto producía; mas ¿cuál fue su sorpresa cuando á favor del candil que aquella llevaba en la mano reconoció que no era su adorada? Aquella metamorfosis no le hubiera causado tan mala impresion si la sustituta de T.... hubiera tenido algun pequeño atractivo; pero el cielo le negó todas las gracias que con tanta prodigalidad depositara en su amiga. Vuelto ensi de su primera sorpresa iba á hablarla, cuando su desconocida le interrumpió, diciendo: —Caballero, vengo á decir á V. tenga la bondad de esperar un momento, pues mi amiga está concluyendo el cuerpo de un vestido que ha de entregar mañana y al instante va á subir.... pero ¡ay! ¡Dios mio! ¡oigo ruido! mi madre es sin duda que sube como de costumbre por la llave del terrado; salga usted, salga usted á la parte de afuera. El jóven salió precipitadamente; la muchacha dió dos vueltas á la llave, bajó riendo á carcajadas á dar cuenta de todo á su amiga, que la esperaba riendo tambien, porque

todo lo habia oido, y se despidieron esperando la conclusion de tan atrevida empresa. La noche estaba amenazado una tempestad; gruesas gotas de agua principiaban á desprenderse de las hinchadas nubes y la campana de la Catedral acababa de dar las once. Despues de dos horas de impaciencia estaba luchando nuestro amigo entre la duda y la esperanza sin apercibirse de la lluvia que le calaba por momentos; mas por fin se decidió á esperar, y todavia esperó. El reloj de la Catedral que daba las doce, la lluvia que por momentos caía con mas violencia y el convencimiento de que se le engañaba le obligaron á llamar fuertemente á la puerta; á los golpes, las dos muchachas autoras del acontecimiento fueron las primeras en dar el alarmante gritos de —¡Ladrones! ¡Ladrones!— Repítense éstos por todas las mugeres y chiquillos de la escalerilla; alborótase la vecindad, acude la policía, abren el terrado, y cuatro carabinas apuntadas en direccion de \*\*\*.... le hacen retroceder y rehusar á la venganza que en su desesperacion habia concebido. A pesar de sus protestas, de sus disculpas, de referir la verdad del hecho, la policía insistió en llevarlo al Principal, y procesionalmente en medio de los dictérios de la gente que á los gritos acudiera, fue conducido y puesto á disposicion del oficial de guardia. Mas la Providencia no le habia castigado bastante al parecer; el oficial era amigo suyo, y así que le reconoció en aquel estado no pudo contener una carcajada que le hirió en lo mas íntimo de su amor propio; pero al fin salió fianza por él y le dejaron libre. Marchóse á su casa con su dignidad (como él dice) mojada, su amor propio rebajado y jurando vengarse de la que tan infamemente habia marchitado en un momento el laurel de cien victorias. ¡Aprended, seductores!.....

R. Y. de C.

## BIBLIOGRAFIA.

Hemos leído con sumo placer los primeros números de la *Revista universal del Diario de Sevilla*, publicacion de las mas interesantes y notables, tanto por el mérito literario de los bellos artículos que contiene, como por la variedad de las materias que abraza y lujo tipográfico de su edicion. Hasta el dia habíamos creído difícil, sino imposible, reunir lo verdaderamente útil con lo deleitable, pero por fortuna de las letras, la *Revista* á que aludimos se ha encargado de resolver aquel problema ilustrando con profusion de preciosos grabados las descripciones mas verídicas de Venecia y Florencia, publicando biografías de personajes tan célebres como Pio IX, y popularizando memorias de un ex-rey tan desgraciado como



Luis Felipe. Recomendamos á los amantes de la literatura un periódico que por tantos títulos merece su singular aprecio.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION. En Sevilla por un mes 5 rs., tres 14, seis 27 y un año 50. Fuera, tres meses 18, seis 35 y un año 66. Se publica tres veces al mes, en un pliego de marca imperial, elegantemente impreso, y da á sus suscritores todos los meses *un figurin de la última moda*, traído de París, perfectamente iluminado. La suscripción se admite únicamente en la imprenta del *Diario de Sevilla*.

### MEJORAS MATERIALES.

Desde el próximo número comenzarán á publicarse artículos de intereses materiales, para cuyo fin se destina una seccion en este periódico; si se reconoce la importancia de que la prensa se ocupe en cuestiones que son de tan elevado mérito para el país, poco, pues, deben recomendarse estas ideas, que la generalidad estima, y que nuestra bella provincia tiene derecho á esperar de los hombres que tengén en algo su adelantamiento.

Los primeros artículos que se insertarán, sobre la materia que anunciamos, versarán sobre la construccion de un puerto en Cullera ferro-carril desde esta ciudad á dicho punto, navegacion del Júcar, etc. En la redaccion de este Semanario obran los antecedentes necesarios para que las cuestiones sean tratadas con la mayor latitud y precision.



### REVISTA CRITICA.

DIEGO CORRIENTES Ó EL BANDIDO GENEROSO, DRAMA ANDALUZ EN TRES ACTOS Y EN VERSO, POR D. JOSÉ M. GUTIERREZ DE ALBA.—  
DOS ACTOS DE LA SONÁMBULA, LIBRETO DE M. SCRIBEY AURNER, MÚSICA DEL MAESTRO HEROLD.—MAS CUADROS.



los grandes ladrones vendrán á ser presa del tiempo y materia de la historia; porque la filosofía y la guardia civil

habrán hecho incompatibles con la vida del siglo la existencia ilegal de unos y otros.

Entre tanto, los poetas que viven de tradiciones para morir con gloria, cansados de recorrer nuestra vieja sociedad, esparciendo las flores del Parnaso sobre cualquier trillado asunto, se sientan en medio de su camino, y ora evocan nuestras bellezas históricas, dando la vida de las ideas al polvo de amarillos pergaminos, ora revisten con la forma dramática los rasgos mas interesantes de caracteres que van ya perdiendo su color. Así sucede con las estrellas cuando viene la aurora del nuevo día, y por eso tambien los luceros tienen sus poetas. Diego Corrientes, á creer la fama pública, ha sido en la bella Andalucía lo que es en el drama del señor Gutierrez de Alba; un carácter escéntrico relativamente á nuestra sociedad, un hombre de bien en la carrera del mal, un nivelador por instinto, un ángel caído fuera del festin de la vida social, un buen corazon mal educado, un *bandido generoso*. ¿Estambien un personaje dramático? La mejor contestacion que podemos dar, es la ligera autopsia del drama. El acto primero pasa en la venta de la Alcantarilla, en el camino de Utrera á Jeréz, y es una esposicion completa de todos los cabos sueltos que han de irse anudando para formar la urdimbre ó plan de la composicion; por una parte, Consuelo, hija natural y abandonada de D. Telesforo Peralta, manifiesta su puro afecto hácia nuestro héroe, quien arrogante y amoroso á un tiempo como un paladin de la edad media, muestra en unas cuantas redondillas bastante naturales y fluidas el fondo de bondad que brilla siempre en sus acciones, como el relámpago en la tempestad. Al lado del compadre Diego, resalta la figura de Juan el Renegao, tipo de inmoralidad y de bajeza, comprendida y esplotada luego por D. Rufo Borrascas, administrador de los cuantiosos bienes de Consuelo, á quien busca su tia la marquesa del Nardo con el plausible motivo de devolverle familia, riquezas y porvenir. Muy bien hecho, pero todo ello no se comprenderia suficientemente sin el indispensable requisito de la carta que el escribano D. Judas lee á D. Rufo, ó mas bien al público, á fin de que ambos queden enterados del enredo que el autor se encarga de desenlazar. En efecto, la amante de Diego Corrientes no conserva otra prenda para ser reconocida que un relicario, dentro del cual existen las pruebas necesarias para la adjudicacion de la crecida herencia que le disputan las uñas de Borrascas, y la marquesa (¡oh casualidad!) lleva una sortija, en la cual hay una cifra que ha de convenir con otra que el relicario tiene. Hé aqui todo un argumento de melodrama, una aventura de las mas románticas, un recurso gastado, unas coincidencias inverosímiles, una trama no justificada. Y sino ¿quién le ha revelado á D. Judas el nacimiento de este Edipo-hembra? ¿dónde, cuándo y cómo? ¿qué duende desconocido del espectador ha escrito la carta, ó mejor dicho, anónimo, base de todo el drama? ¿y cómo ha sabido tanta minuciosidad el malo? como en ella estampa el interesante amigo de D. Judas ¿cuánto mas ereible era que el astuto escribano, en cuyo oficio estribaba el sosiego de la gente de mal vivir, se apoderase por maña ó por fuerza del deseado relicario que no que propusiese anticipadamente tan buen negocio al rapaz de D. Rufo? A pesar del absurdo, el autor finaliza el cuadro reuniendo en perfecta armonía los dos caracteres inmorales del drama, con el doble objeto de lograr la prision del generoso bandido y la posesion del precioso talisman. ¿Qué hacer ya del indescifrable escribano, tan apto para el bien como para el mal? Como se mudó la decoracion, se le mudó el carácter, y por consiguiente, sea inverosímil ó no, lo cierto es, que se obstina en participar todo el complot á la marquesa del Nardo, y ambos se deciden por dar cuenta al juez de Sevilla de tanta maldad y embrollo como el mismísimo D. Judas ha enredado. Bien se prevé lo que va á



suceder. El Renegado roba á Consuelo la consabida alhaja, se esconde en su habitacion por huir de Diego Corrientes, y éste, que le ha visto entrar, proporciona al autor y al público una escena de efecto, perdonándole su miserable vida. Llega en esto la justicia, el bandido escapa, y Consuelo es presa por encubridora. Entre tanto D. Judas, es decir, el bueno de D. Judas, sobre tener un corazón de mal escribano, busca y encuentra (no sabemos cómo) al protagonista, á fin de pintarle la necesidad de recobrar el relicario só pena de que el drama y su querida chai truenen como arpa vieja. Diego Corrientes mata al Renegado, y sin mas ni mas se presenta en la sala de la cárcel de Sevilla á dar cuenta á Trapisonda del éxito de su comision. Lo regular es que se hubieran citado para otro sitio menos espuesto; pero el poeta ha confundido aquí lo posible y aun lo verdadero con lo verosímil y natural. Los personajes principales de esta pequeña novela se reunen como á son de campana delante del juez que persigue á los dos amantes, y en lugar de insistir en este punto capital pasan á la órden del día que es la administracion de Borrascas, el nacimiento de la huérfana, y la manoseada herencia. Aquí fue Troya. D. Rufo escepciona en mal hora la falta del relicario, y ya se goza en el triunfo de sus odiosos manejos cuando el héroe Corrientes, sin gastar mas incógnitos ni etiquetas, presenta á los espantados ojos de todos la misteriosa clave de tan romanesco enigma. ¡Maldicion! El inicuo é inmoral administrador se venga delatando al generoso bandido, y el terror del Bétis es condenado á muerte. Ya no hay salvacion, se perdió toda esperanza, Consuelo arroja lejos de sí la malhadada joya, van á dar las doce en el reloj de la audiencia, y Diego Corrientes será víctima de su imprudente generosidad; pero no hay que asustarse: el rey concede un indulto general por el nacimiento de un príncipe, llovido del cielo, Consuelo recobra por otra casualidad su trasteada alhaja, y los dos amantes se unen para convertirse en adelante á la buena sociedad.

Reconocemos con gusto que el señor Gutierrez de Alba ha sacado todo el partido posible de un asunto acaso innamaneable; porque presentar ataviado con las galas de la poesia y el romanticismo un héroe de trabuco y puñal es una empresa superior á los recursos de que puede disponer un poeta dramático para atraerse el interés del público susceptible de nuestros dias. Las aventuras de un bandido son hechos demasiado triviales para cautivar la atencion general, despues de haber oido esa multitud de romances en que se repiten hasta la sociedad, las hazañas y corazonadas de los reyes de los bosques; y así sucede que el drama á que aludimos á veces degenera en parodia, otras se remonta mas de lo que permite el carácter de los personajes, y en algunas escenas decae hasta tocar en la languidez. Por otra parte, la inmoralidad del tipo que da vida á la composicion, apenas se queda neutralizada con los instintos generosos de un corazón nacido para el bien y sumido en el mal; porque atentar contra la hacienda, la vida y el sosiego de sus semejantes, por pretextos que se inventen para dorar la pildora, no es obra muy meritoria á los ojos de Dios y de nuestra sociedad. Asuntos de esta naturaleza convendria mejor vestirlos con las formas de la novela que presentarlos en las tablas espuestas á la curiosidad del vulgo, y zozobrando á cada escena entre la frialdad ó el escesivo interés: al novelista le es permitido entrar en el fondo de todos los corazones, y corregir con la austeridad de su moral y lo alagüeño de sus imágenes la impresion deletérea que deja en el alma el éxito feliz de una maldad brillante por sus accidentes, en tanto que el autor dramático se ve obligado á inventar sucesos extraordinarios y amontonar casualidades para conciliar á todo trance la moralidad, el interés y el buen efecto. En órden á la versificación, puede asegurarse que la de este drama es fácil y correcta, generalmente hablando; pues á decir

verdad, tambien encontramos algunos versos duros y coplitas de poca valia, literariamente escribiendo. No obstante nuestra critica, sin duda son en mayor número las bellezas de *Diego Corrientes* que sus defectos, cuando el éxito de esta composicion ha sido tan lisongero en la corte como en las provincias.

Nada mas gracioso y seductor que la señora Valero, verdadera encarnacion del tipo ideal de la Flor-celeste de Sué; Consuelo fue colmada de aplausos. El señor Jover tenia poco de bandido y algo de generoso, de suerte que representó al protagonista medianamente, y no mas; el señor Perez debió ser aplaudido. ¿Cómo describir la propiedad y aplomo del señor Orgáz? diciendo que consiguió hacer interesante un papel de cuatro versos, y uniendo nuestra aprobacion á la del público. En fin, todos encontramos recargada-chabacana é impropia la caricatura de D. Rufo Borrascas, por manera que recomendamos eficazmente al señor Ibañez no abuse de un talento que mil actores deben envidiarle. Con el mismo interés avisamos al juez de Sevilla que su pobre autoridad iba disfrazada de *estrangis*. Véase la historia.

No es mala historia tener que escribir sobre un fragmento de un baile que casi no es baile, y haber de censurar á los que tanto hemos aplaudido. En horabuena: los dos actos de *La Sonambula* serán la piedra de toque de nuestra imparcialidad en lo relativo á la parte coreográfica; porque en verdad no concebimos qué razon ha habido para regalarnos un triste remedio de la dulcísima ópera de Bellini, es decir, acto y medo de insípida pantomima, sendas escenas de telegrafía, poquísima danza y mucha música celestial. A no ser por los aplausos que oímos tributar á la señora Guy y Mlle. Laborderie, sino hubiéramos visto brillar en cierto solo al señor Massot, tentados estábamos por creer que así como no es oro todo lo que reluce, tampoco es baile todo lo que se menea. Pero en fin, el tercer acto del *Diablo á cuatro* compensó el fastidio que nos causara el nuevo fragmento, y la lindísima *Redowa* atrajo como siempre multiplicados ramilletes á los aplaudidos pies de nuestras graciosas coreógrafas.

Mr. Turnour sigue ofreciendo á una escasa concurrencia las bellezas artísticas mas notables de su repertorio plástico: *El juicio de Salomon*, *el diluvio universal*, *el nacimiento de Vénus*, y otras varias actitudes y cuadros merecen la mas sincera aprobacion, á pesar de tal cual anacronismo en los ropajes, y prescindiendo de algun defecto en las formas.

Ahora que se vá Vénus, vienen las gracias. Sabemos positivamente que debe haber llegado ya á esta capital Don Mariano Fernandez, actor recomendable en el género jocoso. Si es cierto que se dispone á dar algunas representaciones, veremos y juzgaremos.

El calor nos asedia por todas partes, y el teatro se resiente del termómetro. Cada cosa en su tiempo y la escena por adviento.

El miércoles próximo tendrá lugar el beneficio de la señora Guy Stephan. Esta aplaudida artista bailará el *Olé*, y reproducirá las graciosas cuanto fantásticas escenas que tanto llamaron la atencion en la anterior temporada, representando un acto de *La ilusion de un pintor*. Creemos inútil escitar la benevolencia del público hácia una bailarina que tanto aprecia.

Se suscribe en Valencia en la imprenta de Monfort, plaza del Temple, en la libreria de Oliveres, calle del Mar, á 4 rs. al mes, que lo forman cada cuatro números, y 15 por trimestre para los que se suscriban de fuera de esta ciudad, franco el porte.

Imprenta de D. Benito Monfort.